

CAPITULO XCI.

Famosa expedición de catalanes y aragoneses á Grecia.—Roger de Flor.—Señaladas proezas de la hueste española en el imperio griego.—Pérfida conducta de Miguel Paleólogo.—Berenguer de Entenza.—Traición de los genoveses.—Nuevas hazanas de los catalanes y aragoneses.—Muerte de Berenguer de Entenza.—Término de aquella gloriosa expedición.

VEINTE años había durado aquella guerra que fué sembrando la perturbación en toda la parte meridional de Europa, llevando el estrago y la destrucción por las mas encantadoras comarcas de Italia.

Nadie salió ganancioso mas que D. Fadrique de Sicilia, siendo considerado con bastante desden Carlos de Valois, que segun un dicho que se generalizó mucho en Italia, en *Toscana donde fue llamado á hacer paz dejó encendida la guerra, y en Sicilia donde fué á hacer la guerra, dejó una vergonzosa paz.*

El pontífice que estaba acostumbrado á que se le sujetaran lo mismo los grandes imperios que los pequeños Estados, no podia quedar satisfecho al ver que un pueblo tan reducido, tantas veces anatematizado por él y sin apoyo de ninguna clase, habia quedado triunfante.

Nápoles y Francia tampoco pudieron quedar satisfechas con la paz que hiciera el de Valois, y en resumen, segun hemos dicho en otro lugar y muy conformes con la opinion emitida por nuestro moderno historiador Lafuente, tan solo los sicilianos y su monarca salieron ganando.

A consecuencia de esta paz se realizó la famosa expedición de catalanes y aragoneses á Grecia, verdadera epopeya, que pareciera increíble, á no encontrarla plenamente justificada por todos los historiadores de su tiempo.

El imperio griego de los Paleólogos veíase terriblemente amenazado por los turcos.

Enervado el antiguo espíritu belicoso de los griegos, mas amantes de los placeres que de los riesgos del combate, encontrábase en desfavorables condiciones para resistir á los turcos, que mas pujantes en proporcion que mas débiles veían á sus contrarios, avanzaban sin cesar, poniendo en grave aprieto á Andrónico, que á la sazón regia aquel imperio.

Buscando estaba poderosos auxiliares, cuando la paz de la Sicilia le presentó una ocasion cual nunca pudiera imaginar.

Dirigióse á Roger de Flor, cuyas hazanas habian llegado á sus noticias, haciéndole grandes ofrecimientos, y este, reuniendo un ejército de cuatro mil infantes y nueve cientos ginetes, catalanes y aragoneses, embarcóse en Mesina en una flota compuesta de treinta y ocho naves, haciendo rumbo para Constantinopla.

El recibimiento que en este punto tuvo la hueste auxiliar, fue sumamente lisonjero.

Roger obtuvo de Andrónico todas las distinciones, todas las muestras de agradecimiento mas señaladas y distinguidas.

Naturalmente, de él esperaba su salvación y lógico era que procurase halagarle.

Casóle con una sobrina suya, llamada María, y confirióle el título de megaduque que equivalía á gran general.

Desde los primeros combates que sostuvieron con los turcos, comprendieron estos la notable diferencia de luchar con los griegos, á habérselas con aquellos aguerridos y esforzados españoles, y tanto en la Anatolia como en el monte Tauro, obtuvieron señalados triunfos consiguiendo infundir el espanto y el terror en sus contrarios.

Por entonces Berenguer de Entenza, esforzado caballero catalán, llegó de Sicilia con mil almogávares y trescientos caballos, obteniendo del emperador el título de megaduque de Roger, confiándose á este, la alta dignidad de César, que era la primera del imperio, y la cual no habia obtenido nadie hacia mas de cuatrocientos años.

Como empezara entonces el tiempo de las lluvias, acordaron los dos jefes invernar en Galipoli.

Los soldados que hacia ya algun tiempo que no percibían las pagas, movieron algun desorden en esta ciudad.

Esta pertenecía á la Romelia, y los griegos romeos, viles y astutos que miraban ya hacia tiempo con envidia las distinciones que el emperador dispensaba á los dos caudillos, aprovecharon aquella coyuntura favorable para sus pérfidos pensamientos, al objeto de indisponer aquellos valerosos soldados con los pueblos y con la corte.

La conjuración obtuvo un poderoso auxiliar con Miguel Paleólogo.

Este, que era hijo primogénito del emperador, llamó á Roger de Flor á Andrínópolis.

Llegado que fue á aquel punto, le invitó á un convite que daba en su propio palacio.

Como es natural este aceptó, y en aquel mismo sitio fue vilmente asesinado, en compañía de ciento treinta caballeros y capitanes aragoneses y catalanes.

No satisfechos con esto los conjurados, enviaron contra los españoles de Galipoli, un numeroso ejército de turcos, griegos y alanos.

Con la muerte de Roger de Flor quedó Berenguer de Entenza jefe de la hueste española.

Hízose fuerte en el arrabal, pero deseoso de vengar la traidora muerte de Roger, dejó el mando del ejército de Galipoli á Bernardo Rocafort, que á la sazón era senescal y dirigióse inmediata-

mente á desafiar al emperador Andrónico, el cual no aceptó el reto.

Mas no queriendo Berenguer dejar impune en manera alguna la muerte de su compañero, presentó la batalla á las mismas puertas de Constantinopla á una flota griega que iba mandada por Calo Juan, hijo tambien del emperador, la cual fue completamente vencida y deshecha por Berenguer.

Presentáronse poco despues unas galeras genovesas, cuyo capitán dijo que tenia que conferenciar con el de Entenza.

Este, sin recelo ni temor alguno, fué á aquellas galeras en donde pasó la noche; pero cuando mas confiados estaban los españoles, fueron atacados violentamente por los genoveses, matando á mas de doscientos y llevándose prisionero á Berenguer de Entenza á Génova.

Irritóse sobremanera el reducido número de españoles que con Bernardo de Rocafort quedábase aislado en Galipoli, mas no fue el temor el que sucedió á su irritación, sino la cólera.

Esta prestóles mayores ánimos, y haciendo un estandarte con la imagen de san Pedro, ondeando la bandera de san Jorge con las armas reales de Aragon y de Sicilia, segun el historiador Muntaner que formaba parte de aquella expedición, tan impetuosamente se lanzaron sobre sus contrarios, que mataron hasta seis mil de á caballo y veinte mil de á pié.

Miguel Paleólogo, el mismo que pérfidamente asesinara á Roger de Flor, púsose al frente de un ejército con ánimo de batir á aquellos esforzados guerreros, mas á pesar de todas sus presunciones y de todos sus esfuerzos, sufrió la mas vergonzosa de las derrotas.

Despues se apoderaron de la ciudad de Rodisco, y tan sedientos de venganza estaban por las felonías con ellos cometidas, que sin respetar edad ni sexo, pasaron á cuchillo á todos los habitantes.

Y tal terror llegó á reinar entre los griegos, y tanto nombre dieron sus hazanas, que durante mucho tiempo, la mas grande maldición que estos podían lanzar sobre cualquiera, era la de, *la venganza de los catalanes te alcance.*

Berenguer de Entenza pudo recobrar al fin su libertad, en virtud de reclamación del monarca aragonés, y vendiendo las villas que poseía en Aragon, equipó una nave, y con quinientos soldados que embarcó en ella, dirigióse á Galipoli.

Bernardo de Rocafort, acostumbrado á ejercer el mando entre los suyos, negóse á reconocerle por jefe, dando lugar con esto á escisiones y desavenencias de bastante importancia, que al saberlas D. Fadrique de Sicilia le hicieron enviar á Galipoli á su primo don Fernando, hijo del rey de Mallorca, para que tomara el mando general de la hueste.

Aceptáronle todos de buen grado, y cuando se hallaban de camino cerca de las fronteras de Macedonia los soldados de Rocafort mataron á Berenguer que, como dicen varios historiadores, era digno de mejor suerte, tanto por su decisión como por su valor.

Poco despues, y al llegar á la isla de Negroponto, el infante don Fernando quedaba prisionero de Teobaldo de Lipoys que mandaba una escuadra francesa en nombre del conde de Valois.

Bernardo de Rocafort pasóse á su vez á los franceses, suponiendo que habia caído en desgracia para con los reyes de Aragon, de Mallorca y de Sicilia, y á tal punto llegó su arrogancia y su orgullo, pretendiendo llamarse rey de Salónica, que irritados los franceses aprisionáronle, lleváronle á Nápoles, le encerraron en un castillo, y allí murió de hambre y de miseria.

Imposible parece que despues de tan repetidos contratiempos pudieran sostenerse aquellos que habian perdido sus mejores jefes, y que por lo tanto se encontraban completamente aislados.

Mas no sucedió así.

Dirigiéronse á las montañas de Tesalia, fortificáronse entre los montes mas célebres de la Grecia, como eran el Pelio y el Olimpo, y solamente á fuerza de dádivas consiguió el soberano de aquel país que pasaran á las regiones de Achaya y Beocia.

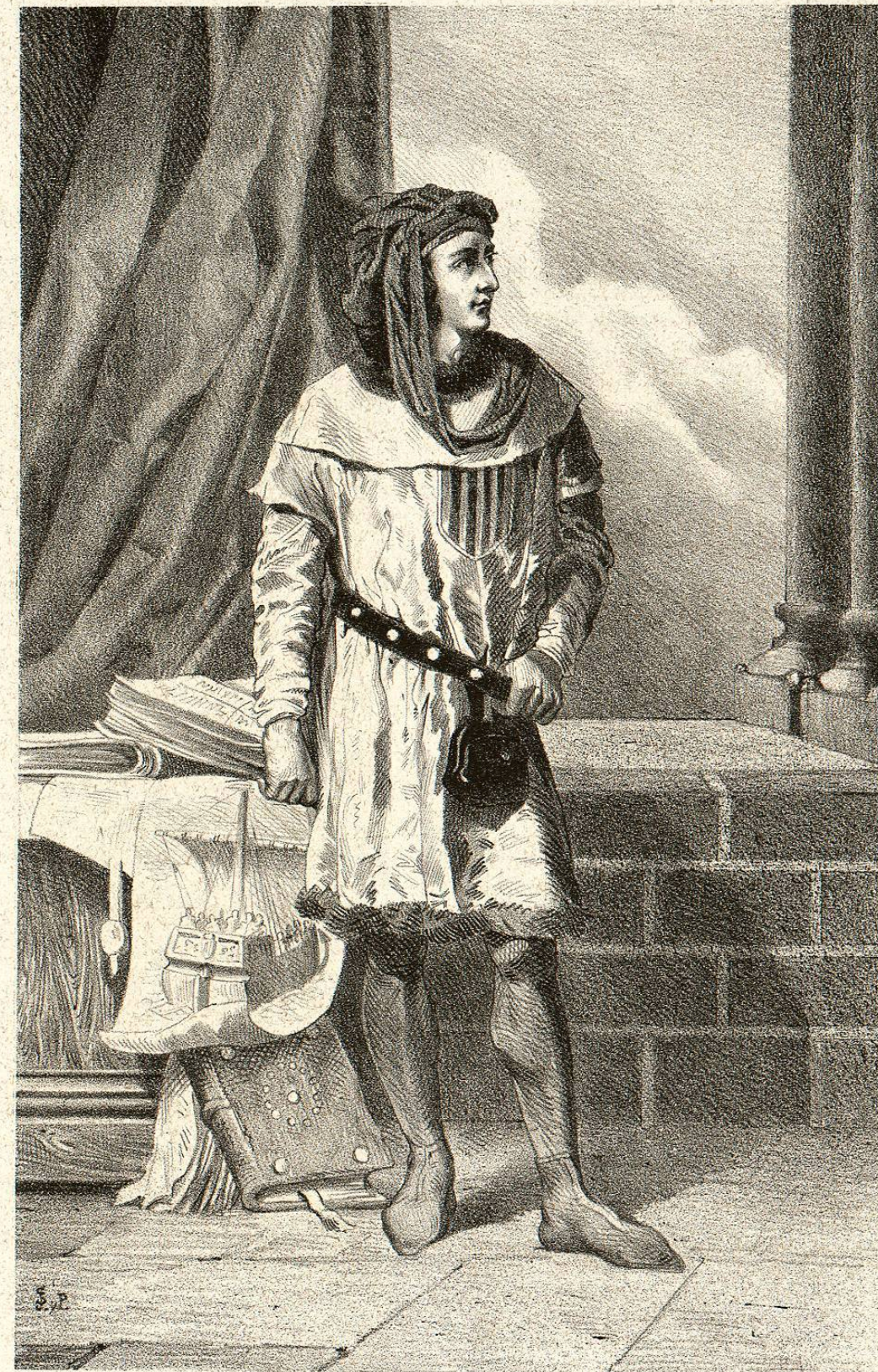
Aquel puñado de valientes atravesó las Termópilas, presentóse en la Morea, cruzó trabajosamente el áspero territorio de la Valaquia, y finalmente, consiguió el duque de Atenas verlos en su país y recobrar con su ayuda mas de treinta poblaciones que le arrebatara sus contrarios.

Despues de obtenidos estos triunfos, el duque trató de deshacerse de los que tanto le sirvieran, pero solo consiguió con ello ver desbaratado el ejército que para este objeto formara y perder la vida á la par que el ducado.

Repartieronse los catalanes sus Estados, y nombrando por su capitán á Roger de Esauro, recordaron su primitivo origen y ofrecieron el señorío de aquella tierra al rey de Sicilia, pidiéndole que enviase á uno de sus hijos para que les gobernase en su nombre.

De esta manera el ducado de Atenas fué á unirse á la corona de Sicilia, incorporándose mas tarde á la de Aragon.

Tal fue, descrita á grandes rasgos, aquella memorable expedición que duró desde 1302 hasta fin de 1313, y que como dice un historiador moderno nos recuerda la de los *Diez mil* de que nos habla Xenofonte, y que con dificultad se hubiera atrevido á emprender gente de ninguna otra nación.



D. JAIME II (EL JUSTICIERO)

CAPITULO XCII.

Benéficos influjos de la paz en el reino de Aragón.—Fundación de la Universidad de Lérida.—Nuevos disturbios en Aragón.—Deplorable escisión entre el pontífice Bonifacio VIII y el rey Felipe el Hermoso de Francia.—El príncipe heredero de Aragón D. Jaime renuncia sus derechos en su hermano D. Alfonso.

TRANQUILAMENTE habíanse deslizado para Aragón todos aquellos años en que las guerras sostenidas en Sicilia habían mantenido fuera del reino aquel sinnúmero de caballeros revoltosos y turbulentos, y que mas a menudo a la guerra que a la paz, cuando no podían hacerla al infiel ó á los otros Estados vecinos, buscaban pretextos para moverla entre sí, ó contra el monarca.

Durante los primeros diez años del reinado de D. Jaime II, hállanse conformes todos los historiadores, en la paz que se disfrutó en Aragón, tan trabajado por las ambiciones de aquellos magnates.

Merced á este período de tranquilidad, pudo el monarca ocuparse del arreglo del tesoro, considerablemente lastimado por aquellas prolongadas guerras.

De igual manera las ciencias y las artes obtuvieron su atención, datando de esta época, ó sea de 1300, la fundación de la Universidad de Lérida.

En el año siguiente, los ricos-hombres se confederaron y juramentaron entre sí, en forma de Union, protestando que no podían prestar servicio alguno al rey, sin que este les diera ciertas cantidades que les adeudaba.

Lo mas particular de esta conjuración, era que los que la formaban estaban en íntimas relaciones con el monarca, siendo sus principales sostenedores, el procurador y gobernador del reino, su mayordomo, el alférez mayor, su primo hermano D. Sancho y otros muy poderosos caballeros de la corte.

Muy pronto comenzaron los de la Union á emprender correrías por los términos de Zaragoza, causando como es consiguiente muchos daños y perjuicios en todos los lugares que atravesaban.

Los jurados y vecinos de la ciudad, siempre les hicieron una tenaz y enérgica resistencia.

En vista de estos excesos, el rey convocó Cortes generales en Zaragoza, en las cuales debía jurarse á su hijo primogénito D. Jaime, y al mismo tiempo discutirse si la union y ayuntamiento de los ricos-hombres estaba dentro de la ley y de los fueros del reino.

Reunidas estas el 29 de agosto de 1301, despues de grandes debates y multitud de incidentes, y á pesar de la apelación puesta por aquellos, el monarca y el Justicia la desestimaron, siendo condenados á la pérdida de feudos y caballerías, y á destierro por un número de años limitado, debiéndose admirar en este proceso la solidez que había adquirido por aquella época la autoridad del Justicia, autoridad que estaba por encima de la del mismo rey.

Un acontecimiento tuvo lugar por este tiempo, que, como dice muy oportunamente un historiador moderno, «escandalizó y consternó la cristiandad, y ejerció su influencia en los asuntos de España.»

Nos referimos á la gravísima cuestion ocurrida entre el papa Bonifacio VIII y el rey Felipe el Hermoso de Francia, á consecuencia de haber erigido aquel un obispado en el reino de este, y negarse á sancionarlo el monarca, en términos, de haber sido preso de su orden, el obispo nombrado por el pontífice.

Por influencia del rey de Francia subió á ocupar la silla pontificia el arzobispo de Burdeos, bajo la denominación de Clemente V, fijando su residencia en Avignon, y favoreciendo, segun todos los historiadores, de una manera harto marcada los intereses de la corte de Francia.

Natural era que Felipe, en el estado de excitación en que se hallaba con Roma, fuera buscando auxiliares ó aliados contra Bonifacio VIII.

Así fue que procuró comprometer al rey de Aragón por medio de diferentes embajadas, mas D. Jaime, no olvidando las relaciones que le unian con el pontífice, el respeto que le había jurado y que le debía la investidura del reino de Cerdeña, respondió categóricamente que tan solo cuando el papa y el rey de Francia terminaran sus diferencias, se aliaría con él.

Bonifacio VIII, agradeciendo á su vez semejante proceder, envió un legado á Córcega y á Cerdeña, al objeto de que aquellas islas reconocieran y obedeciesen como á su rey D. Jaime de Aragón.

A su vez Carlos de Nápoles, que aborrecía al partido gibelino, del cual eran el alma los pisanos, le excitaba para que cuanto antes emprendiese la conquista de aquellas islas, ofreciéndole su ayuda, pero D. Jaime que meditaba mucho sobre lo que le convenía hacer, excusóse con la guerra que por entonces sostenía con Castilla, de la cual hemos hablado en otro lugar, agradeciéndole sus ofertas.

Al advenimiento á la silla de San Pedro, de Benedicto XI y al de Clemente V, envió D. Jaime sus embajadores á entrambos á fin de que reconocieran el feudo con que su antecesor le concediera el dominio de aquellos territorios.

El monarca aragonés había pretendido varias veces casar á su hija María con el segundogénito del rey de Francia, á condicion de que este le diera por herencia y patrimonio el reino de Navarra, pero á petición de los mismos navarros, y á consecuencia de la muerte de D.^a Juana reina de Francia y de Navarra, les fue dado por rey al primogénito de Felipe el Hermoso, llamado Luis el Hu-

tin, ó Luis el Pendenciero, como le denominan algunos escritores españoles.

La expedición contra Córcega y Cerdeña preocupaba extraordinariamente al rey D. Jaime.

El pontífice Clemente V mostrábase no muy favorable á ello, por cuya razon apresurábase á hacer alianzas con varios Estados gibelinos, enemigos irreconciliables de los gibelinos, pero las escisiones que volvieron á estallar entre los reyes de Nápoles y Sicilia, obligaronle á detener por entonces la expedición proyectada.

Tiempo era ya de que los monarcas españoles pensaran que muy otra era su misión que la de hacerse la guerra, cuando tenían todavía infieles á quienes combatir.

Por lo tanto despues de la paz ajustada entre el aragonés y el castellano, emprendieron, segun en otra parte manifestamos, la guerra contra los musulmanes, con los cercos de Algeciras y Almería.

El castellano, segun vimos, consiguió la ocupación de Gibraltar y el aragonés, el rescate de cautivos cristianos y el matrimonio de su hija María con el infante D. Pedro de Castilla, el cual tuvo lugar en 1310.

Ambos monarcas pudieron conseguir entonces por medio de sus súplicas á Clemente V, que se sobreesyerá el proceso que se trataba de intentar á instancia del rey de Francia contra la memoria de Bonifacio VIII.

En 1311, D. Sancho, heredero del reino de Mallorca y primo de D. Jaime, presentóse en Barcelona á prestarle homenaje respecto á aquel reino que acababa de heredar por fallecimiento de su padre.

Tambien de esta época data el segundo matrimonio del rey de Aragón con María de Lusignan, hermana del rey de Chipre, á consecuencia del fallecimiento de su primera esposa D.^a Blanca de Nápoles.

Inmensas eran las relaciones que la casa de Aragón sostenía con todos los Estados de Europa, y como consecuencia inmediata, todos los acontecimientos que en ellas ocurrían, afectaban mas ó menos directamente á la historia de España, siendo sumamente difícil reseñarlos, como dice Lafuente, «siguiera sea ligeramente, sin temor de confundir al lector y confundirse el historiador á sí mismo.»

En 1312 fallece Fernando IV de Castilla; la muerte de Carlos II de Nápoles sucede poco despues y como consecuencia de ella, estallan diferencias entre Roberto su sucesor y D. Fadrique de Sicilia, y D. Jaime tiene que intervenir activamente para reconciliarlos.

El concilio que se celebraba á la sazón para la extinción de los templarios hubo tambien de preocupar su atención, enviando embajadores con la pretension de que se empleasen en su reino las rentas y bienes de aquella milicia.

En resumen, tanto estos acontecimientos, cuanto las simultáneas muertes de Clemente V y de Felipe el Hermoso, ocurridas en 1314, el proyecto no abandonado respecto á Córcega y á Cerdeña y la conducta seguida por su hijo primogénito D. Jaime, preocupaban de una manera poderosa al monarca de Aragón.

Para terminar este capítulo daremos á conocer la conducta observada por el infante D. Jaime y de qué modo fué á parar mas tarde la corona de Aragón, á D. Alfonso.

Tan luego como el primogénito D. Jaime fue mayor de edad, juró en la corte de Zaragoza que conservaría los fueros, usos y costumbres de Aragón cuando sucediese á su padre.

Pero sus obras hicieron traición á sus palabras.

Durante el tiempo que fue gobernador general del reino, cometió todo género de violencias y exacciones, consiguiendo con esto que los gobernados le tuviesen una antipatía muy marcada.

Su padre esperaba que el tiempo le haría cambiar de conducta, ya que él no había podido conseguir nada con sus consejos y amonestaciones, tratando de que se enlazase con D.^a Leonor de Castilla, con la que se hallaba desposado.

La contestación de D. Jaime dejó extraordinariamente sorprendido á su padre.

Dijole en muy descorteses términos que quería hacerse religioso, y que no lo hacía por devoción ni cosa parecida, sino que para hacerlo tenía sus motivos.

Advirtióle su padre que el reino se resentiría mucho si perdía las villas y plazas fuertes que en calidad de dote se habían consignado á D.^a Leonor, á lo que contestó que le importaba muy poco que aquellas plazas pertenecieran á los castellanos ó á los aragoneses; y que aun cuando haciéndose religioso hubiese de envolver en sí la infamia de su nombre, lo haría.

Por último, y á costa de muchas súplicas consiguieron que hiciera la ceremonia del sacramento, aun cuando no le consumase, pero tan luego descendió del altar, separóse bruscamente de su esposa y desapareció.

En 1319 en las Cortes celebradas en Tarragona, renunció todos sus derechos en favor de su hermano D. Alfonso, tomando el hábito de los hospitalarios de San Juan de Jerusalem.



FIN DE LOS TEMPLARIOS